

HAITI: MAGIA, HUMILLACIONES Y DINASTIA

"Sévice pressé, patate pas guin peau" ("Cuando hay hambre, la patata se come con piel") Refrán de la zona de Limbé.

La desgracia de México —solía rezongar don Benito Juárez— es la lejanía de Dios y la vecindad de Estados Unidos". Parafraseándolo, el haitiano René Depestre comentaba: "La desgracia de mi país es quedar tan cerca de Cuba y tan lejos de su Revolución". **Ile magique, Perle des Antilles, Paradis caraïbien** nos roncinea el discurso turístico oficial. "Descubra el trópico haitiano por 15.000 pesetas mensuales": "Conviértase en un nuevo Colón", se prolonga la turística voz aterciopelada que identifica lo tropical con las vacaciones, éstas con el consumo y, a su vez, el consumismo con el Cielo. De donde se infiere que Haití es la región de los bienaventurados.

Si. Sobre todo si se recuerda que es un país de cinco millones de personas, cuyo 89 por 100 de analfabetos lo sitúa entre los 25 Estados con mayor subdesarrollo del mundo. Porcentaje de analfabetismo que encabeza las estadísticas en América Latina por delante de Guatemala (71 por 100) y Bolivia (68 por 100). Que el 20 por 100 de la población muere antes de los cuatro años. Y que si hay un médico cada 15.000 habitantes, actualmente se calcula que en el Canadá francófono residen más médicos haitianos que en su propio país.

Cierto. **Magique**. De la población de la capital —Port-au-Prince—, que se aproxima a los 800.000 habitantes, el 25 por 100 vive de la mendicidad o, en el mejor de los casos, sobrevive vendiendo **botettes** (lotería popular). Las industrias de transformación aglomeran a 75.000 obreros que figuran en las plantillas como cualificados, pero que perciben un salario que oscila entre 1,50 y 2 dólares diarios. Por eso, corresponde tener en cuenta que si la única industria rentable —controlada por la Good Year, como en Singapur y Taiwan— es la fabricación de pelotas de **baseball**, la frase que más se les escucha a los campesinos es "J'ai grand

besoin de pain, mais je n'ai pas de pain". Por su parte, miembros de las campañas anticomunistas en el "gout", Grangou. Que si porta resonancias de alguna divinidad del panteón vudú, en la cotidianidad se pronuncia pasándose la mano por el estómago y frotándolo circujariamente. Jamás los círculos son virtuosos; pero éstos, además de mudos, resultan elocuentes (V. Ève Desarre, **Cauchemar antillais**, Maspero, 1977.)

La miseria tiene forma de rueda

Haití aparece, en esta perspectiva, como ese fenómeno que los técnicos de la demografía llaman "país en vías de subdesarrollo". Porque si a Uruguay, Chile y la Argentina se les ha aplicado, sofisticada e implacablemente, un procedimiento que los ha dejado lobotomizados, Haití —mediante recursos no tan refinados, pero, por lo menos, tan implacables— ha quedado vacío. Al 33 por 100 de los niños campesinos (sobre todo en el triángulo formado por la región que va de Port-de-Paix a Gros Morne pasando por Jean-Rabel, en el Noroeste del país), que viven en "estado de marasmo" por falta de proteínas, si no se les inyecta serum como última alternativa, los resultados de la diarrea endémica han adquirido tal gravedad que —literalmente— se vacían. Su vientre, en lugar de hincharse, se comba hacia adentro hasta quedar como pegado a la columna vertebral. Postrados, con un ademán de catatonía, no les queda fuerza ni para llorar. Sin lágrimas, por lo tanto. **Secos**. Como sus madres, cuyos pechos, flácidos y sin leche, parecen reflejar la desolación y las grietas de una zona arrasada.

El trópico idealizado era carmoso y solicitaba el tarascón: como área de botín, de caderas que se zangoloteaban o de un inglés (o francés, en este caso) que solían especializarse en bienvenidas de blanda complicidad. Hoy ya no. Son tristes los trópicos. Sobre todo los de Haití. Niños atónicos, mujeres polvorrientas, viejos "sólo útiles para el cementerio". Es que no comen. Por qué no comen. "Los negros son haraganes", me cuchicheó cierta vez una señora aseñorada que residía en Pétienville. Y, tanto, que no se le

reducía a tratar de contactar con las mesas trabasadoras. Sin embargo, estas cosas se ven en el país por las medidas del Gobierno nacionalistas a las empresas que desde hace tiempo no operan con buena salud. El motor y el transporte de la agricultura política impide a la Unión Militar crear una organización de masas que sirviera para controlar las inversiones y el desarrollo.

DAVID VIÑAS

Por el contrario, el exceso de tecnología ha impedido que ocurra pensar que los campesinos haitianos no comen porque carecen —entre otras cosas— de elementos para cocinar. Que usen combustible. Cuál. "Queroseno". En efecto: eso es lo que les han propuesto, sucesivamente, los Duvalier padre e hijo. Pero el queroseno es caro. Todo se importa en Haití, excepto el café y la miseria. Lo único que el campesino puede quemar en su co-



François Duvalier, izquierda, y su hijo Jean-Claude, actual Presidente de la República de Haití: dos ejemplos de populismo imperialista.



cina es leña. Y la madera se recoge en unos bosques que si, antes de 1957 cubrían el 60 por 100 de la superficie total del país (un poco menos de 30.000 km.²), a lo largo de los veinte años de los Gobiernos de François Duvalier y de su hijo y heredero, Jean-Claude, ha quedado reducida al 10 por 100.

En la secuencia: pobreza-hambre-falta de recursos-no-queroseno-leña para cocinar-madera quemada de los bosques-desforestación-pauperismo. Haití ha modificado su régimen de lluvias causando sequías despiadadas. La de 1957 fue terrible, implacable la del 76 y la de este año ya resulta catastrófica. Y el paisaje lunar que han provocado se refracta, especialmente, en los pechos secos de las mujeres del campo y en los vientres vacíos de los niños haitianos.

Nuevamente el círculo del "vicio de Haití" se muerde la cola. Y en ese encierro, cotidianamente, chapotean los ciudadanos de la prime-

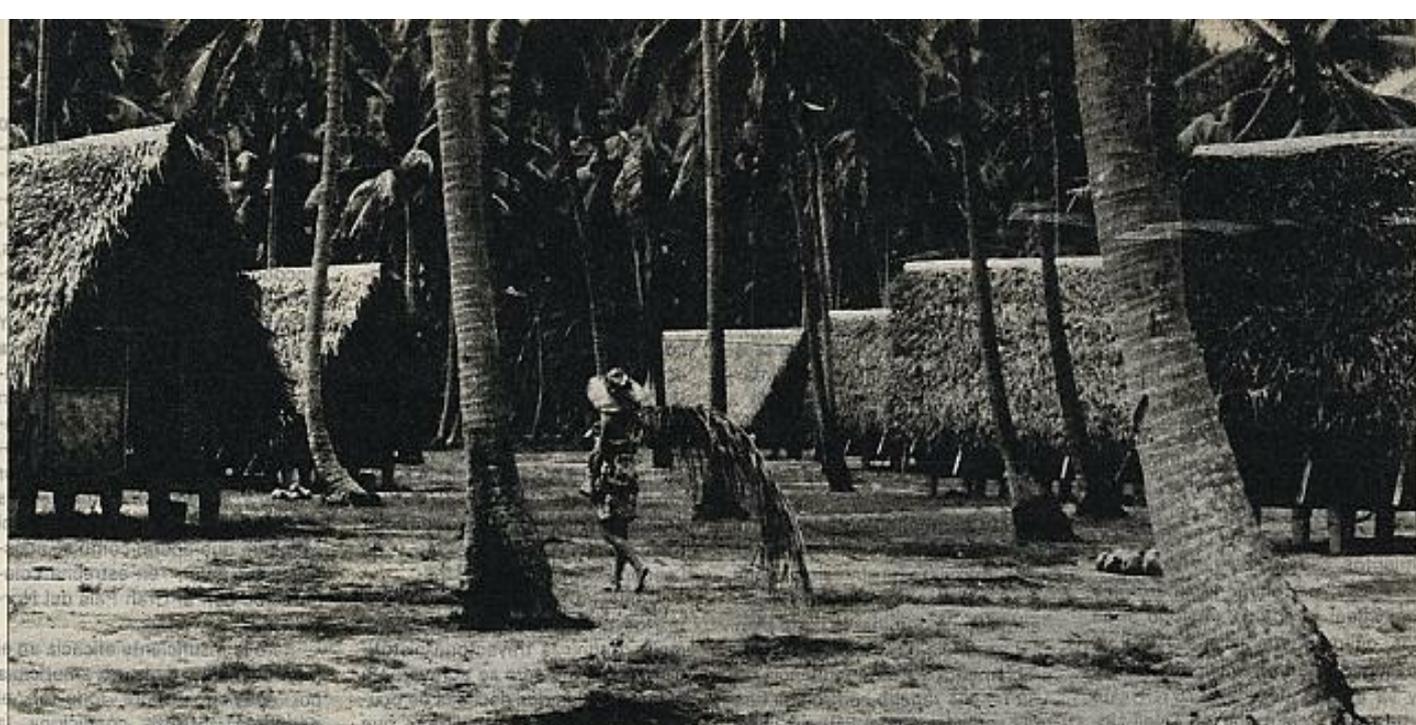
ra república negra en la Historia del mundo. Amontonados a razón de 200 a 500 por kilómetro cuadrado, densidad sólo comparable a la de El Salvador en América Latina que, en la mayoría de los casos, los erosiona hasta el vértigo. Las dos posibilidades los acosan hasta estrangularlos: porque si la tierra desnutrida los cubre de ceniza, la promiscuidad de los bidonvilles urbanos los degrada. (V. G. Pierre-Charles, **L'économie haitienne et sa voie de développement**, Paris, Maisonneuve and Larose, 1976.)

Y otra vez el círculo. Enclaustrado, repetido. Es que el tiempo del subdesarrollo en América Latina,

significativamente, es borglano: laberíntico y enfermo.

Sobre Trujillo, divisas y mulatas

Qué duda. Hay haitianos, con diversos niveles y resultados distintos, que pueden eludir ese círculo desintegrador. Pertenecen a tres grupos nitidamente diferentes: en primer lugar, los sectores más amplios, campesinos en su mayor parte, que emigran en caravanas hacia el Oriente de la isla, cruzan la frontera de la República Dominicana e intentan trabajar allí en faenas serviles; por lo general, se topan con los prejuicios raciales "blanquistas" cultivados, de manera sistemática en la época del generalísimo Trujillo (1930-1961) y son explotados, marginados en estilo **apartheid**, manipulados como mercancías de contrabando, prostituidos, expulsados por clandestinos, o implacable y oficialmente masacrados —en el



"Paraiso del Caribe" para las agencias de turismo, Haití es hoy un país con un índice de analfabetismo del 89 por 100 que lo sitúa entre los veinticinco países más subdesarrollados del mundo.



orden de los 14.000— como ya ocurrió en 1937.

El segundo lugar lo ocupan, en términos numéricos más restringidos, obreros industriales con algún grado de cualificación que optan por emigrar hacia la zona francófona del Canadá. Donde, segregados como los chicanos en Estados Unidos, logran un cierto tipo de trabajo que les permite enviar pequeñas remesas a sus familias. Típico fenómeno que, generalizado, se ha ido convirtiendo en uno de los principales fuentes de divisas del duvalierismo.

Por último —en un tercer grupo, desde ya muy reducido y especialmente privilegiado por su pertenencia a la antigua oligarquía mulata— hacen su aparición los haitianos que emigran a París. Y si el trópico fantaseado era carnoso cuando, en verdad, resultaba estéril, el París sutil y azucarado del discurso escolar se les transforma en carnívoro: los hombres —dómage mediante—, son identificados con argelinos o con cualquier "meteco" anónimo y sospechoso. Y, día a día, tienen que padecer exigencias o sufrir las refinadas humillaciones de la Policía francesa. Por muy atildados que aparezcan en su ropa o con su edición de Gallimard bajo el brazo, porque no es el cuello blanco o la corbata de seda, sino la propia piel negra, morena o poco pertinente. Y humillaciones también de los honorables vecinos: Verifican una curiosa actualización del "mal gálico" tradicional: los distintos siempre resultan una infracción ontológica. Y la ontología, como se sabe, es un bien inmueble de la burguesía francesa.

En cuanto a las mujeres de Haití —con todas las seducciones del

juego de palabras provocado por Tahiti o el fascinante *african look*— viven el equívoco revés de la trama: aceptadas, si, pero en la pringosa cosificación de la *maitresse créole*. Ya no se trata del trópico como ideología, sino del sexo como propiedad. (V. Roger Bastide, François Morin y François Raveau, *Les Haïtiens en France*, ed. Mouton, 1972.)

De los jacobinos negros a Roosevelt

En Haití, la circularidad y la polarización parecen definir su historia. Por lo menos desde que, de hecho, quedó despoblada como resultado de la ansiosa explotación de los conquistadores —a partir de 1492 hasta los comienzos del siglo XVII—, encarnizados en conseguir oro y exigir plustrabajo difundiendo enfermedades frente a las que los primitivos habitantes de las Antillas no estaban biológicamente preparados. O durante la dominación francesa, desde la guerra de los Siete Años y a lo largo del siglo XVIII, en que no sólo fue repoblada con esclavos negros en función de los métodos productivos del ingenio azucarero, mediante los cuales se convirtió en "la colonia más próspera del imperio francés".

Claro, articulándose desde ya —a partir, precisamente, del sistema de plantación que exigía enormes concentraciones de mano de obra esclava— sobre ese peculiar polarización social que instauraba dos extremos inmutables: 600.000 esclavos negros/9.000 colonos blancos. (V. Eric Wolf, *Plantation system of the New World*, Washington, 1968.)

HAITI:

Nada de extraño tiene, pues, que ese duro y profundizado enfrentamiento —sin vasos comunicantes políticos y con la precaria fluidez del mestizaje en el orden de lo familiar— no produjera, consiguientemente, ni un espectro de matices sociales ni una napa de acolchonamiento económico. Más bien lo contrario. Porque pese a los 11.000 mulatos, aliados miméticos de los propietarios blancos, se fue provocando, a lo largo del período colonial, una secuencia de alzamientos cada vez más exacerbados. Del *marronage* —clmarronaje individual y rebelde, análogo al de los quilombos brasileños— se va pasando a la sublevación colectiva y ya autonomista de 1791. Hasta culminar, en la mutación revolucionaria encabezada por Toussaint-Louverture hacia el 1800. (V. François Girod, *De la société créole. Saint-Domingue au XVIIIe siècle*, Hachette, 1972.)

Condicionada por la Revolución francesa de 1789, ese alzamiento adquiere una decidida impregnación independentista. Toussaint-Louverture, esclavo y cochero por su origen, aprovecha del enfrentamiento hispano-francés de 1793 para pasar al Este de la isla y organizar un ejército. Hasta que, finalmente, articula a Haití como un Estado semiindependiente al otorgar la Constitución de 1801. Pero, prisionero y encarcelado, precisamente en el momento en que Napoleón restablece la esclavitud, su destierro y su prisión le provocan la muerte. "La cárcel es negra —escribe—, pero tendrían que pintarla de blanco. Al fin de cuentas es el color de los amos y de su civilización francesa". Pero su derrota condiciona, a su vez, otra sublevación —más polarizada aún— encabezada por sus lugartenientes, Dessalines y Christophe. (V. Aimé Césaire, *Toussaint-Louverture*, La Habana, 1967.)

Dessalines (1758-1806), otro esclavo nacido en Guinea, es quien derrota a las tropas napoleónicas del general Leclerc. "Nada menos que un cuñado de Bonaparte". Lo que alude a la importancia acordada a Haití por su metrópoli. Expulsados definitivamente de la isla los franceses (1803), Dessalines proclama la independencia en 1804. Y crispando hasta la exasperación la polaridad que iba caracterizando la historia de Haití, ordena la eliminación total de los blancos y se proclama emperador en un ademán espectacular y barroco que se prolonga hasta su asesinato.

Significativamente: cometido por sus rivales Christophe y Pétion. Podría decirse naturalmente dada

la configuración que va adquiriendo el itinerario haitiano. Porque, en torno a los victimarios, los términos polarizados de Haití alcanzan una especie de vorágine: Christophe, autotitulándose Rey como Henri I, domina la zona norteña desde 1811, provoca una guerra civil contra la República que preside Pétion (1770-1818) quien, al Sur de la isla, entre sus gestos liberales, intercala una Constitución y ayuda a Bolívar. Agil y ferozmente, Christophe lo elimina. Y en 1820, con un ademán idéntico y veloz, se suicida.

Jean-Pierre Boyer, a la muerte del rei Christophe, logra unificar el Norte y el Sur de Haití. Aparente y fugaz momento de síntesis. Porque, en un conflicto polarizado secundario, llega a dominar la parte blanca y española de la isla —que había proclamado su independencia en 1821— y la retiene controlada hasta la sublevación del Este en 1844. Origen de repetitivos conflictos que escaldan la frontera Haití-República Dominicana desde la muerte de Boyer, en 1850, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. (V. Peter I. R. James, *Les Jacobins noirs*, París, 1963.)

Proceso que llegará a su apogeo —entre aceleradas contradicciones que, al no resolverse ni estallar, parecen superfatarse— en 1915: es el año del asesinato del Presidente Villbrum Guillaume Sam, representado por el fusilamiento de 167 políticos opositores. Episodio, que, coyunturalmente, se imbrica con la sustitución de imperialismos: del británico, liberal y victoriano, hacia el del *big stick*, formulado por Theodore Roosevelt, que sintetiza una teoría política expansionista. Y que, desde New Orleans, se venía enfrentando con Francia a partir de la época del rusoniano Jefferson. Hasta justificarse en Cuba con el catedrático y puritano Thomas Woodrow Wilson.

Del "big stick" y del "new deal"

Polarizaciones y contradicciones distorsionadas en Haití, pero curiosa y coherentemente enfrentadas a la continuidad política —y familiar— de Estados Unidos. Porque si el magno vocero del Caribe entendido como *mare nostrum* norteamericano es Theodore Roosevelt en los alrededores del 1900, quien realmente ejecuta esa política "pacificadora" —y, de hecho, la ocupación por intermedio del tipificado desembarco de *marines* en Haití— resulta ser el secretario adjunto de Marina del demócrata Wilson: Franklin Delano Roosevelt.

Ocupación que, aparte del indiscutido control sobre puertos, aduanas y rentas, fue segregando (en virtud de la íntima y feroz dialéctica ocupador/ocupado) una enorme similitud con lo que ocurría, durante

esos años, en Veracruz, Nicaragua y la República Dominicana, signada por un creciente fervor represivo, que va desde la ejecución y crucifixión de Charlemagne Préralté al intento de someter y anglicar —con procedimientos idénticos a los empleados en Puerto Rico— el idioma, las escuelas y la cultura. Mas el concreto y total manípulo sobre la economía haitiana tal cual acontecía, en esa misma coyuntura histórica, en la Cuba del machadato, en el período entre la primera guerra y 1931. Así, la *Haitian American Sugar Company* (HASCO), prácticamente pasa a controlar toda la zona de Cul-de-Sac y de Leogane a partir de 1919.

Conviene palpar cuidadosamente: los graves problemas que parecían definir la trayectoria histórica haitiana, no sólo se agravaron a lo largo de las dos décadas de ocupación norteamericana, sino que adquirieron una suerte de institucionalización. Tanto es así que las tradicionales polarizaciones anteriores a los *marines*, que se ponían en la superficie de manera drástica, con el nuevo estilo coexistieron pero negadas, eludidas o, por lo menos, asordadas púdicamente. "Como se mataba en silencio, parecía que no se mataba". Y la hipocresía alcanzó la dignidad de virtud administrativa. (V. Suzy Castor, *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias, 1915-1934*, ed. Siglo XXI, 1977.)

Proceso de ocupación que, positivamente, sólo logró —dado el silenciamiento canonizado— una vigorosa y desacralizadora reacción literaria e intelectual. Que si empieza reivindicando el folklore y lo tradicional, en un empeinado esfuerzo por rescatar alguna identidad posible, paulatinamente se desliza hacia una radicalización concordante —entre otros fenómenos de América Latina— con la emergencia continental de figuras clave como Mariátegui, Prestes, Martínez Villena, Recabarren, Anibal Ponce. O con Zapata y la revolución agraria mexicana. Y se van produciendo, como si se tratase de un texto único y continuo, desde *Así habló el tío* (1928) de Price-Mars a *El negro enmascarado* (1933) de Stéphan Alexis, hasta llegar a *Gobernadores del rocío*, de Jacques Roumain, y al ensayo, líricamente corrosivo, de René Depestre.

François Duvalier, compadre de los Somoza y Trujillo

De acuerdo a las pautas generales del llamado *New Deal* (que en dirección hacia América Latina —coto privado de Estados Unidos— implicaba una política de apaciguamiento con vistas a la posibilidad de una nueva guerra mundial), Haití es evacuada por orden de F. D.

Roosevelt. Procedimiento análogo al que se cumple, en esa misma coyuntura, con la República Dominicana y Nicaragua. Además aparentemente generoso, pero —sobre todo— precavido: tres proconsules, "incondicionales y nativos", quedan al frente de las "guardias nacionales" o ejércitos respectivos. Y si en la Dominicana y Nicaragua ya se ungen, respectivamente, las dinastías de Trujillo y Somoza, en Haití se abre un interregno dominado, en su primera etapa, por la "democratización" protagonizada por Estimé y, en la segunda, por la más enérgica puntualidad del coronel Magloire que opera, como se acostumbra a decir, "en estrecha colaboración con el Gran País del Norte".

Pero la insuficiente eficacia en el mantenimiento de la *pax americana* por Magloire, sobre todo en el período 1950-58, condiciona la toma de posición de los intereses imperiales a favor de alguien que ofreciera mayores garantías. Y allí estaba el hombre: François Duvalier.

Sobre todo por sus antecedentes que, en su momento, lo habían acercado al grupo renovador de Jacques Roumain, por el aprendizaje folklórico, sus preocupaciones etnológicas y su origen negro, lo presentaban a ese médico provinciano como el candidato ideal. Se trataba, estratégicamente, de practicar cierto tipo de populismo. Un movimiento enfático y seductor que, alzando la bandera del "yo o vienen los rojos", lograra canalizar, paternalísticamente, las exigencias del campesinado negro en avance sobre las fascinantes e inflacionadas posibilidades de trabajo en el espacio que, con todo, abría la precaria industrialización urbana.

Límites del populismo

Pero ese posible pacto populista, establecido entre un proletariado industrial de reciente origen campesino y una nueva burguesía industrial (que habla logrado un considerable margen de eficacia en el Brasil de Vargas —hasta 1954— y en la Argentina de Perón —hasta 1955—) debía fracasar en Haití por dos razones principales: la primera, si esos obreros nacionales, uno de los dos términos soportes del pacto, existía, el otro —la burguesía nacional industrialista— jamás llegó a estructurarse como tal. La franja que hubiera tenido que cubrir ya estaba copiosamente ocupada por Estados Unidos a través de la HADC (*Haitian American Development Corporation*), la HACOR (*Haitian Agricultural Corporation*) y la *Standard Fruit* que controlaban el azúcar, sisal, café, plátano, minas y turismo, profundizando lo inaugurado por la HASCO.

En segundo lugar, la coyuntura histórica favorable a la articulación



En Haití se importa todo, excepto el café y la miseria. En la foto: campesinos ante el Palacio Nacional, en Puerto Príncipe.

y emergencia de una burguesía nacional industrialista —correlato de la acumulación de capital lograda por la sustitución de importaciones a lo largo de la guerra 1939-45, con el consiguiente reemplazo del desarrollo hacia afuera por un movimiento de desarrollo hacia adentro—, en 1957, ya era tiempo pasado.

Es decir, a François Duvalier le faltó el aliado capitalista de una clase nacional y la circunstancia histórica le fue adversa. De ahí que podría hablarse, en el caso específico de Haití, de un populismo antinacional. (V. R. W. Logan, *Haiti and the Dominican Republic*, Oxford Univ. Press, 1973.) Porque, si en un comienzo, Duvalier buscó un apoyo popular mediante sus ataques a las clases medias mulatas, al carecer de aquellos factores que derivando hacia lo más exterior del populismo; la demagogia. Que sólo podía subsistir con la represión. Y, para esa faena, contó con el primer aliado ineludible, los *tontons macoutes*. Miembros del lumpenaje negro a los que les destinó sus favores para cultivar su lealtad y a quienes utilizó, crecientemente, como factores sistemáticos y despiadados de su autoritarismo.

No pueblo, entonces, sino lumpen. No burguesía nacional, sí apoyo acelerado en las grandes empresas, cuyas casas matrices funcionaban en Estados Unidos y que, cada vez más inquietas, no ya por el populismo degradado de François Duvalier, sino —sobre todo después de 1959— por el posible ejemplo proliferante de la revolución cubana (con sus expropiaciones y nacionalizaciones) exigieron de Haití un sometimiento incondicional.

De ahí que la suma de elementos con que contaba Duvalier el comienzo de su poder en 1957 (incluso el apoyo de los grupos del vudú,

legítimo tanto por su popular sentido de la solidaridad como por su recuperación del cuerpo —religión, danza y desquite— que se enfrenta, entonces, a la jerarquía de una Iglesia integrista, y que hace crisis con la expulsión de la mayoría de sus sacerdotes de origen bretón), se fueran disolviendo hasta deformarse: desde un posible pacto populista hacia la implantación, defensa y mantenimiento de un pacto imperialista. (V. Alfred Métraux, *Le vaudou haïtien*, París, 1968.)

Este peculiar proceso de populismo imperialista se fue corroborando a través de diversos síntomas: desde el apoyo creciente y fervoroso de Lyndon Johnson —que se prolonga hasta Nixon—, a la insólita visita del prototipo de autócrata africano, el Emperador etíope Haile Selassie, en 1968. Sumado al dilatado poderío de su feroz y pintoresca guardia de *tontons* (que han llegado a ser identificados, en el lenguaje popular, como una suerte de "cucos" para aterrar a los niños haitianos).

Además, en 1961, como ramalazo provocado por la muerte del generalísimo Trujillo, los exiliados haitianos —provenientes tanto del éxodo campesino como de la dirigencia revolucionaria favorecida por el Presidente Juan Bosch— invaden Haití. A la cubana. Y fracasan. Evidenciando, una vez más, que un proceso que había tenido éxito en Cuba resultaba irreplicable, por mecanicista, en otro país de América Latina. Sobre todo, dado el oportuno aprendizaje que, con sus implacables consecuencias, habían hecho los grandes intereses imperialistas de Estados Unidos y sus aliados latinoamericanos. A lo que se agrega la lamentable desunión de las fuerzas democráticas, en especial, entre el MPH (Movimiento de Patriotas Haitianos) y el

FRHAP (Frente Revolucionario Haitiano de Acción Patriótica).

Y como consecuencia de ese triunfo, en junio de 1964, François Duvalier decide declararse Presidente Vitalicio. Pero en esta oportunidad, el modelo continental propuesto ya no es el populismo de Vargas, sino el golpe de Castelo Branco y su equipo militar-tecnócrata triunfantes en abril de ese mismo año.

Correlativo. Resultado mediato de la instauración del nuevo modelo brasileño en Haití y de su sistemática represión a través de la importancia avasalladora, por consolidación de lo policial que se militariza, de los *tontons-macoutes*, es la continuidad de los Duvalier como dinastía. Fatal casi. Incluso, aplaudida y tolerada —de manera cada vez más semejante— a la de los Somoza en Nicaragua y a la de los Trujillo en la República Dominicana. Al fin de cuentas, si los Roosevelt habían configurado una dinastía y, otra, los Rockefeller en la metrópoli, por qué no se iba a proyectar ese paradigma sobre la pantalla de las colonias. Lógicamente: dinastías subdesarrolladas.

De "Papá Doc" a "Bebé Doc"

Así es como en 1971, a la muerte de François Duvalier, lo sucede ceremonialmente su hijo Jean-Claude. De manera paralela, los intereses multinacionales han llegado al cinismo a través del miedo: cualquier cosa antes que Cuba.

Seis años, entonces, de Jean-Claude. Dos décadas de la dinastía. Con una secuela que, en su red de inflexiones, se ha ido perfeccionando más y más: Haití, país políticamente *disociado* —en los hechos— se ha convertido en un *Estado aso-*

ciado más con un "status" económico análogo al de Puerto Rico. Cuyos rasgos agravados van desde la urbanización más reciente, que ha desestructurado hasta la regresión a los campesinos que siguen afluyendo a las ciudades, hasta el éxodo masivo hacia el exterior (ya sea la República Dominicana o las Bahamas) para salir de cualquier manera del "círculo vicioso haitiano". Más aún: las mayores facilidades de inversión —a causa de los bajísimos salarios y de las exenciones fiscales— no sólo han otorgado la parte del león a Estados Unidos, sino que ha provocado un tenso enfrentamiento con el gran capital de origen francés (que pretende, solapadamente, que Haití se integre en el arco formado por la Martinica y Guadalupe). En ese encuadre, la Tennecott norteamericana y la Penarroya francesa se disputan una hegemonía que alcanza a los privilegios acordados a las diversas líneas aéreas subsidiarias. Todo esto en una feroz competencia mientras Haití —inmovilizada— sólo sirve de campo de batalla a esa furtiva guerra fría.

A la que, previsiblemente, se suma Alemania Occidental en una jadeante y equívoca carrera de "ayudas" que sólo contribuyen a una mayor desarticulación de Haití como país, dado que se hacen fraccionadamente, de acuerdo a los propios esquemas de cada "benefactor" y sin consultar para nada la perspectiva global que realmente resultase fecunda para Haití. Y cuya contraparte debe buscarse tanto en el interjuego entre la proliferación latifundista/división progresiva de los minifundios familiares, como en los desbordamientos represivos cuyos últimos índices señalan la cantidad de mil presos políticos. Que, proporcionalmente a su población (como en el caso de Uruguay), lo convierten en uno de los países con mayor represión en el mundo.

Y las polarizaciones finales. En Port-au-Prince hay dos periódicos: *La voi de la révolution duvalienne*, obviamente oficialista, y el opositor tolerado, *Le Nouvelliste*. Con una tirada de 3.000 ejemplares para todo el país. Una. Y la última: la competencia entre "ayudas" ha ido condicionando que de las dos radios, si la primera está controlada por franceses con sede en París, la segunda es utilizada por evangélicos norteamericanos cuya matriz reside en Boston. Punto de partida desde donde va prevaleciendo todo lo que sea educación popular. En especial, a través de los *mass-media*. Porque resultan ser los adventistas del Séptimo Día quienes han celebrado con mayor fervor el vigésimo aniversario de la dinastía Duvalier en el poder. Entonándole al pueblo de Haití —en inglés— "Dejemos todo en manos de Jehová. El nos ayudará". ■ D. V.